

(DES)ENCUENTROS

**DE LA PRIMERA GUERRA
MUNDIAL AL PRESENTE:
HISTORIA Y MEMORIA, UN
SIGLO PARA LA REFLEXIÓN**

introducción

**EL PASADO Y SUS USOS:
REPARACIÓN, RESISTENCIA,
MANIPULACIÓN, CONSENSO, CONSUMO**

discusión

conclusión

**PASADO Y PRESENTE. HISTORIA,
MEMORIA Y JUSTICIA**

introducción

EL PASADO Y SUS USOS: REPARACIÓN, RESISTENCIA, MANIPULACIÓN, CONSENSO, CONSUMO

RAMÓN GIRONA

IMMA MERINO

Vivimos constantemente abocados a rememorar el pasado; tenemos de ello múltiples ejemplos. No obstante, hay pasados que parece que puedan ser rememorados de forma tranquila, o más tranquila y consensuada, y otros, no. En junio de 2015, se celebraron los doscientos años de la batalla de Waterloo, con sus recreaciones históricas, con soldados reproduciendo la efeméride, y con visitas a los lugares de representantes de las altas instituciones de los estados implicados. También los estadounidenses recrean, regularmente, episodios de la Guerra de la Independencia y de la de Secesión, aunque tras la masacre —también en junio de 2015—, por un blanco, de varios feligreses negros en una iglesia de Charleston se generó una guerra de banderas —el asesino aparecía en Internet en medio de proclamas racistas y mostrando con

orgullo la bandera confederada—, hasta la aprobación, por la cámara de representantes del estado de Carolina del Sur, de una propuesta de ley para arriar la bandera sudista que aún ondeaba en el capitolio de la capital. Pero los ejemplos de esta dependencia conflictiva con el pasado son múltiples, y podríamos citar, claro está, nuestro pasado, el de esta España que sigue encallada en su pasado reciente, el de la contienda civil, con la oposición y el boicot efectivo de la derecha española a la Ley de Memoria Histórica, que habría podido ser interpretada como un intento de, tras la reparación para aquellas familias e instituciones que aún no la habían conseguido, crear un acuerdo nacional, una memoria compartida, un consenso que intentara superar de manera definitiva, más allá de las revanchas, el pasado común. Y el pasado re-

torna de forma algo más tangencial, como en el caso de la crisis económica y social griega, convertida —simplificando— en un enfrentamiento con Alemania, cuando, tras la capitulación helena y su aquiescencia a negociar un tercer rescate, la prensa planteaba a la canciller Merkel si el acuerdo tenía reminiscencias del tratado de Versalles de 1919, mediante el cual los aliados impusieron a Alemania el pago de durísimas reparaciones.

Como afirma Enzo Traverso: «el pasado acompaña al presente y se instala en su imaginario colectivo como una “memòria” amplificada poderosamente por los medios de comunicación, promovida a menudo por los poderes públicos [...] El pasado se transforma en memoria colectiva después de haber sido elegido y cribado y reinterpretado según las sensibilidades culturales, los cuestionamientos éticos y las conveniencias políticas del presente»¹. Y el pasado se puede transformar, también, en un objeto de consumo, susceptible de ser *museizado*, utilizado por el turismo, convertido en espectáculo, recreado cinematográficamente...

Podríamos hablar de una cierta *obsesión conmemorativa* que existe en nuestras sociedades contemporáneas y alertar sobre los abusos de la memoria, tal y como plantea Tzvetan Todorov (2000).

Aunque siempre y en todas las épocas, las sociedades humanas han poseído una memoria colectiva, cultivada a través de ritos y ceremonias, es a partir del siglo xix cuando esta memoria colectiva, y las conmemoraciones asociadas a ella, sufrirán un proceso de secularización que implicará dar preferencia a la exaltación de valores como la patria, el bien, la libertad, y este fenómeno se intensificará después de la Primera Guerra Mundial. La primera gran contienda bélica del siglo xx es vista, de nuevo, por Traverso, que cita a Walter Benjamin (2008), como el punto de no retorno de unos cambios que se venían prefigurando a lo largo del siglo xix.

Benjamin, en la década de 1930, especuló sobre el declive de la experiencia transmitida (*Erfahrung*)

en beneficio de la experiencia vivida (*Erlebnis*). El filósofo alemán reflexionaba sobre la transformación —a lo largo del siglo xix— de un modelo social de base agraria, rural, que había comportado la construcción de la identidad de los individuos en un espacio social y cultural marcadamente estable; una identidad que implicaba un saber práctico y unos modos de vida y pensamientos que pasaban de una generación a la siguiente con pocas alteraciones. La *memoria* se encontraba inserida en la vida cotidiana. Ante este continuo, el proceso de industrialización, la emergencia de la modernidad, a lo largo del siglo xix, actuaron como disolventes, hasta la ruptura violenta producida por la Gran Guerra. Así, la generación que pereció de forma masiva en las trincheras fue la que vivió en primera persona este traumatismo fundador del siglo xx. Y Traverso añade: «la gran emoción colectiva que se hace presente en las conmemoraciones de los muertos de la Primera Guerra Mundial, ya desde principios de la década de 1920, ha sido sin duda la primera manifestación de esta emergencia de la memoria ligada a una crisis profunda de la transmisión»².

Después de la Primera Guerra Mundial, el convulso siglo xx —y las primeras décadas del xxi— han dado motivos más que suficientes, a pesar de los posibles abusos antes apuntados, para la invocación a la memoria, para las conmemoraciones y los actos de reparación.

La Primera Guerra Mundial y la actual conmemoración de su centenario son, también, una excelente ocasión para plantear —para plantearnos— una serie de cuestiones sobre el pasado, la historia, la memoria y la utilización de todos ellos por la sociedad y los poderes. ■

NOTAS

- 1 Cita traducida por el editor. En el original: «el passat acompanya el present i s'instal·la al seu imaginari col·lectiu com una “memòria” amplificada poderosament

pels mitjans de comunicació, promoguda sovint pels poders públics [...] El passat es transforma en memòria col·lectiva després d'haver estat triat i garbellat i reinterpretat segons les sensibilitats culturals, els qüestionaments ètics i les conveniències polítiques del present» (TRAVERSO, 2006: 12).

- 2 Cita traducida por el editor. En el original: «la gran emoció col·lectiva que es fa present en les commemoracions dels morts de la Primera Guerra Mundial, ja des de principi de la dècada de 1920, ha estat sens dubte la primera manifestació d'aquesta emergència de la memòria lligada a una crisi profunda de la transmissió» (TRAVERSO, 2000).

REFERENCIAS

TODOROV, Tzvetan (2000), *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós.

TRAVERSO, Enzo (2006), *Els usos del passat. Història, memòria, política*, Valencia: Universitat de València.

— (2008), *De la memòria i el seu ús crític*, Barcelona: Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació de la Generalitat de Catalunya.

discusión

I. Se afirma que el pasado no pasa nunca, pero también que cambia: la relación que una sociedad establece con los hechos del pasado muda con el tiempo. ¿La memoria del pasado, pues, va construyéndose en cada presente? De ahí, ¿cómo se construye actualmente? ¿Cómo se refleja el presente en ella?

Maximiliano Fuentes

La fórmula según la cual el *pasado no pasa* o, mejor dicho, *que no quiere pasar*, se la debemos en su forma originaria al historiador alemán Ernst Nolte, quien en un ensayo publicado hace ya casi treinta años mostró la enorme atención social y cultural que el modo en que se recordaba el pasado tenía en Alemania. Evidentemente, en el contexto de las disputas en relación con las interpretaciones del nazismo, esto asumía una importancia capital tanto en términos intelectuales como políticos. Efectivamente, el debate sobre la construcción de recuerdos colectivos del pasado reciente, que en Alemania se centró en el nazismo y en las responsabilidades derivadas de sus políticas, se ha convertido en las últimas décadas en uno de los centros de análisis académicos y, simultáneamente, en una cuestión de gran relevancia social que se ha reflejado en el conjunto de Europa en las polémicas alrededor de las diversas cuestiones derivadas de la mal llamada *memoria histórica*. Como intentó explicar en diversos trabajos Walter Benjamin, la Historia —también las memorias— se construye siempre desde el presente y en este sentido los puntos de partida y las preguntas iniciales que se formulan tanto los historiadores como las sociedades con las que estos dialogan se ven modificadas constantemente. Esto no quiere decir, sin embargo, que en cada presente todo vuelva a iniciarse. La Historia como disciplina académica se desarrolla en una combinación de renovación y tradición: en un proceso de acumulación de conocimiento y de tensión —y a veces ruptura— con las interpretaciones dominantes. Estas rupturas se producen como resultado de nuevos interrogantes que a menudo se disparan desde el presen-

te. En el caso de las memorias la situación es más compleja ya que intervienen muchos más factores, desde psicológicos hasta políticas públicas. Por ello es fundamental distinguir analíticamente entre memoria (o memorias) e Historia. A pesar de que ambas están conectadas estrechamente y se retroalimentan, también siguen unas líneas de desarrollo diferentes. En el caso de las memorias, el peso del presente, es decir, de las interpretaciones dominantes de la Historia, de las políticas públicas oficiales y de la construcción de recuerdos colectivos que a veces llegan incluso a construir recuerdos individuales que nunca se han producido, ocupa un lugar ciertamente mayor que en la Historia académica. En las últimas décadas, el presente —que, cómo advirtió Eric Hobsbawm, parece asumir la condición de permanente, es decir, sin conexión con el pasado— ha cobrado una enorme relevancia en los diversos procesos de construcción de memorias públicas y en las luchas de estas memorias por ocupar la centralidad de las visiones del pasado y el presente. Los casos español y catalán así lo demuestran. Algo parecido puede decirse del genocidio armenio y el papel del gobierno turco durante el centenario que se celebra este año. Como han mostrado algunos historiadores, entre ellos Enzo Traverso, en casi todos los casos el paradigma del Holocausto en su versión más presentista funciona como un trasfondo omnipresente.

Miguel Morey

Memoria e historia pertenecen a registros distintos. La memoria es el recuerdo vivo del pasado en el presente. Es básicamente oral, colectiva, fuertemente emotiva e insensible a las transfor-

maciones que experimenta al ser actualizada en cada presente. La historia es una reconstrucción intelectual de un pasado muerto, una reconstrucción que pretende establecer, según protocolos científicos y a partir de las huellas documentales, la verdad de los hechos sucedidos en el pasado y la inteligibilidad de sus relaciones. En su utilización como vehículo de legitimación política, la historia suele ser una forma de memoria que se apoya en una parte de los hechos sucedidos considerada la realmente significativa y en una cierta inteligibilidad posible de sus relaciones. Evidentemente no se trata de una historia acorde con la reconstrucción científica de los hechos, aunque se apoye en una selección de los mismos. Decir entonces que sus afirmaciones son irrefutables solo quiere decir que no se está dispuesto a discutir las.

Jordi Font Agulló

Ciertamente, hay pasados que no acaban de pasar. Esta expresión, que ha hecho furor, normalmente se relaciona con hechos traumáticos, difíciles de digerir o asimilar desde los cánones democráticos y liberales, ya sea política o moralmente. Un ejemplo de ello es el colaboracionismo francés —la Francia de Vichy— que no encaja y distorsiona el relato edificado por el gaullismo y la izquierda resistentes después de la Segunda Guerra Mundial.

En las sociedades donde predomina más o menos un sistema de libertades, a veces, la memoria irrumpe de forma inesperada y resquebraja las visiones y relatos monolíticos de ese pasado, fruto habitualmente de una reconstrucción elaborada desde el presente, de carácter acomodaticio que tiene como principal misión expulsar la controversia de la esfera pública. Sin embargo, a menudo lo que ocurre, como no puede ser de otra manera, es que no hay una única memoria colectiva o social ya que, por su naturaleza, es esencialmente conflictiva. Por lo tanto, al menos en las sociedades que se rigen por unos valores democráticos fundamentados en los derechos humanos y la libertad de conciencia, no puede —ni debe— haber

una única construcción de la memoria desde el presente. Evidentemente, el contexto del presente siempre condiciona la percepción del pasado, sobre todo del más reciente, el que tiene estrechos vínculos con el tiempo actual. Lo que debería existir son unos instrumentos, unos mecanismos institucionales, que permitieran rescatar todas las memorias y ponerlas sobre la mesa sin soslayar la discusión y el conflicto. Solo así puede progresar la calidad democrática.

Intentar imponer una *memoria única* lo han llevado al extremo regímenes totalitarios como el fascismo o el estalinismo. El resultado ha sido el ahogamiento y la invisibilidad del *recuerdo* de amplios sectores sociales. En este caso, en una maniobra llevada al paroxismo, una determinada selección de hechos del pasado es instrumentalizada mediante la falsificación, la omisión y una lectura interpretativa que lo único que persigue es enmascarar y legitimar un orden social del presente regido por unas prácticas políticas injustas. En las democracias, el reflejo del presente en la memoria, más que intentar la elaboración de un relato cómodo y no conflictivo, debería ser la apertura de canales por donde pudieran aflorar todas las memorias.

Javier Cercas

Lo de que el pasado no pasa nunca lo escribió Faulkner en *Requiem for a nun* (en realidad lo que dijo fue que el pasado «is never dead»: «nunca está muerto»); y añadía: «Ni siquiera es pasado». Por supuesto, tenía toda la razón, sobre todo en lo que se refiere al pasado reciente, aquel del cual todavía hay memoria viva: el pasado es una dimensión del presente, sin la cual el presente es incomprensible. El problema es que nosotros vivimos, cada vez más, en una especie de dictadura o de tiranía del presente, propiciada en gran parte por el predominio cada vez más avasallador de los medios de comunicación, quienes no solo reflejan la realidad: la crean (la prueba es que lo que no ocurre en los medios de comunicación es casi como si no

ocurriera); y para los medios de comunicación lo que ocurrió ayer ya es pasado, y lo que ocurrió la semana pasada es la prehistoria. Así que vivimos en la ilusión de que el presente se entiende solo con el presente y de que el pasado es algo ajeno a nosotros, que acumula polvo en los archivos y las bibliotecas. Pero al mismo tiempo, y quizá como un intento inútil de compensar esa dictadura del presente, vivimos en una especie de exaltación permanente de la memoria (no del pasado, sino de la memoria del pasado). Esta paradoja, esta contradicción, define nuestro tiempo, y habría mucho que hablar sobre ella, porque tiene mucho que ver con lo que Benjamin llamaba *la crisis de la transmisión* y yo, más simplemente, llamo *la crisis de la historia*, algo que por lo menos es detectable desde los años setenta y que alcanza su culminación en los años del cambio de siglo (bueno, quizá esa crisis de la historia no es más que un nuevo avatar de *la crisis de la transmisión*). Por otra parte, es evidente que el presente cambia el pasado, es decir, nuestra concepción o nuestra interpretación del pasado: del mismo modo que, digamos, Kafka cambia nuestra lectura de Melville o Borges nuestra lectura del Quijote, la caída del Muro de Berlín, digamos, cambia nuestra interpretación o nuestra lectura de la Revolución Rusa. El pasado no es algo estático, dado de una vez por todas y para siempre, sino que está en permanente mutación. Por eso el pasado, igual que el presente y el futuro, lo construimos todos, con nuestros libros, con nuestras películas, con todo lo que hacemos; con todo: no solo con aquello que habla del pasado.

Xavier Antich

Martin Heidegger, amparándose en Nietzsche, ya señaló (en uno de sus textos sobre Aristóteles) que «la situación de la interpretación, en tanto que apropiación comprensiva del pasado, es siempre la de un presente vivo». No hay aproximación al pasado, con voluntad de comprensión, ni en ninguna de las disciplinas históricas ni en la experiencia de memoria (individual o colectiva) que no sea

un cruce de temporalidades diversas entre aquel tiempo (pasado) cuyo sentido se intenta comprender y el tiempo (presente) desde el cual el ejercicio de memoria y recuerdo se lleva a cabo. Efectivamente, fue Nietzsche el primero en señalar la ingenuidad imposible de una historia *anticuaria* que pretendiera acceder al pasado como si fuera un fósil invariable cuyo sentido no quedaría afectado por la mirada que, desde su posterioridad temporal, pretendiera acercarse a él. La mirada *anticuaria* al pasado consiste, por formularlo brevemente, en considerar el pasado como pasado, desvinculado sustancialmente del presente. Desde una perspectiva antagónica con este supuesto, de acuerdo con Nietzsche y Benjamin, puede considerarse que la mirada al pasado es inequívoca e irremisiblemente presente, puesto que el tiempo, con el marco mental que lleva apareado, desde el que se pretende acceder al pasado, es uno de esos *prejuicios*, de los que hablaba Hans-Georg Gadamer, de los que ninguna interpretación puede hacer abstracción porque forman parte constitutiva de los presupuestos hermenéuticos a partir de los cuales intentamos acercarnos al pasado. No hay, por tanto, una memoria del pasado, independiente del presente, que sea neutra o independiente de la temporalidad, por fuerza posterior, desde la que aquel pasado se aborda. Es más: la mirada al pasado aparece como una manera, tal vez la más radical, de interpelar al presente.

Frente al historicismo que pretende una imagen fosilizada del pasado, Benjamin ya afirmó que la Historia (y, con ella, la memoria que se vuelca al pasado para conocerlo y, si es posible, comprenderlo) es siempre *construcción* de sentido, es decir, *articulación*. Esto significa que la Historia no está ya hecha, ni que debe limitarse a recoger (o desenterrar) lo ya hecho, sino que hay que hacerla o, si se prefiere, rehacerla. En cualquier caso, no con la intención de colmar el afán de conocimiento (en cuanto mera curiosidad o erudición dispuesta a llenar los vacíos), ni con la pretensión de acercarse fielmente a la supuesta verdad de los hechos del

pasado, puesto que, para Benjamin, el motivo de la memoria y de la Historia no está en el pasado, sino en el presente y en la urgencia con la que el presente siempre nos interpela. Como puede suponerse, la orientación benjaminiana se opone, de forma frontal, a un modelo de memoria y de Historia, como el que subyace al historicismo y a las diferentes modalidades de positivismo, que da por supuesta una noción del pasado pretendidamente neutro, inscrito en un tiempo lineal, homogéneo, continuo y, sin embargo, precisamente por todo ello, vacío.

La memoria del pasado, al contrario, se construye *desde* el presente y *en* presente, pues el presente supone el anclaje de punto de vista hermenéutico en la temporalidad desde donde la memoria se ejercita. No hay memoria, ni puede haberla, orientada y determinada solo desde el pasado al que se vuelca: la memoria, al contrario, está determinada, sobre todo y en primera instancia, por el presente desde el que se aborda el pasado. Y esta mirada hacia el pasado queda marcada por el presente y por todas las decisiones que, desde el presente, acaban configurando el gesto del recuerdo.

Como ha comentado, desarrollando la intuición del ángel melancólico de Benjamin, uno de los más ilustres benjaminianos de nuestro tiempo, Giorgio Agamben, «la ruptura de la tradición, que hoy es para nosotros un acontecimiento realizado, abre, de hecho, una época en la que ya no hay, entre lo viejo y lo nuevo, ningún vínculo posible, como no sea la infinita acumulación de lo viejo en una especie de archivo monstruoso o el extrañamiento operado por el mismo medio que debería servir para su transmisión. Como en el castillo de la novela de Kafka, que abrumba al pueblo con la oscuridad de sus decretos y la multiplicidad de sus oficios, así la cultura acumulada ha perdido su significado vivo y cae sobre el hombre como una amenaza en la que este no puede, en modo alguno, reconocerse. Suspendido en el vacío entre lo viejo y lo nuevo, pasado y futuro, el hombre

es arrojado al tiempo como a alguna cosa extraña que incesantemente le huye y que, sin embargo, lo conduce hacia delante sin que aquel nunca pueda encontrar en ello el punto de consistencia». Así, frente a la fantasmagoría que pretende hacer del pasado un inmenso legado dormido, ante el cual la Historia y la memoria debieran limitarse a una ceremonia de la transmisión lo más neutra posible, haciendo poco ruido para no despertarlo, y así, con ello, alimentar la *mitología* del presente (de acuerdo con los —tan próximos a Benjamin— análisis de Horkheimer y Adorno en la *Dialéctica de la Ilustración*), Benjamin apuesta por una mirada al pasado consciente de que se las tiene con fragmentos no totalizables de ruinas, cuyo sentido depende, precisamente, de la capacidad del pensamiento para producir cortocircuitos en el aparato institucional de la transmisión y para producir grietas que permitan la emergencia de la discontinuidad esencial a esta acumulación de ruinas.

Carmen Castillo

Pienso que la memoria se construye en el presente y la batalla por la memoria lo muestra. Es una verdadera guerra entre los *de abajo*, las clases oprimidas (o los vencidos) y los *de arriba*, las clases opresoras (o los vencedores). Esto es palpable en Chile (y creo también en España). Mientas nosotros, los vencidos, no seamos conscientes de que hay que reflejar, justamente, nuestro presente en ese espejo que es nuestro pasado, no libraremos con justeza ni eficacia la lucha. A veces nos atrapan nuestros símbolos, nuestras palabras, para ponerlas en monumentos o en museos. Las estatuas no hablan y las fotografías se ponen amarillas. La memoria debe permanecer como un río que fluye, para nutrir el mañana y a veces desbordar.

2. El establecimiento de una memoria oficial, supuestamente consensuada y afirmada en los actos conmemorativos, es una manera de ahogar otras memorias, sobre todo la de los vencidos. ¿Cómo se impone una determinada memoria histórica? ¿Cuáles son las formas de resistencia de las otras memorias?

Maximiliano Fuentes

El establecimiento de una memoria *oficial*, en constante reafirmación a través de las conmemoraciones, es tanto un intento de ahogar otras memorias como de reafirmar una serie de valores nacionales y supranacionales. El proceso de imposición de una determinada memoria colectiva oficial se ha producido, concretamente en varios casos europeos, como parte de una visión más general sobre los valores que debían configurar en las democracias occidentales después de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de que este proceso se inició inmediatamente después de 1945, no fue hasta los años ochenta que se aceleró de manera significativa a través de múltiples mecanismos que han actuado y actúan de manera simultánea: los diversos niveles educativos, algunas manifestaciones culturales (el cine entre ellas), los diversos dispositivos de conmemoración y de construcción de memorias en las ciudades y otros procesos han sido fundamentales en este sentido. Este proceso, no obstante, no ha producido la desaparición de memorias alternativas a la oficial. En algunos casos, estas memorias alternativas han conseguido que una parte de sus visiones sobre el pasado, en la mayoría de los casos relacionadas estrechamente con unas demandas de justicia no atendidas, fuese incorporada a la memoria oficial tras una disputa con el Estado. En este sentido, el caso argentino es paradigmático. La contracara de este proceso seguramente podemos encontrarla en el caso español, donde tras unos tímidos procesos iniciados hace casi una década a nivel oficial, la situación sigue siendo de una evidente anomalía respecto a otros países europeos como Alemania, Francia o Italia.

Miguel Morey

Suele decirse que la historia la escriben los vencedores, lo que quiere decir que los vencedores imponen su propia memoria y su selección de *hechos significativos*, fuertemente legitimadores y ritualmente conmemorados. En el caso de los vencidos, la Segunda Guerra Mundial nos propone un ejemplo que da que pensar. Por un lado, la Alemania nazi, vencida en la guerra, se vio obligada a desistir públicamente de su memoria. Por ejemplo, todo su trabajo pionero en legislación de protección a la naturaleza o de salud pública tuvo que ser olvidado. ¿Quién recuerda hoy que la noción de *fumador pasivo* fue acuñada precozmente por Fritz Lickint, un influyente médico nazi, en 1939? Zygmunt Bauman, en *Modernidad y Holocausto*, llega a decir incluso: «Considerada como una operación compleja e intencionada, el Holocausto puede servir de paradigma de la racionalidad burocrática moderna... La historia de la organización del Holocausto se podría encontrar en un libro de texto de gerencia científica. Si no fuera por la condena moral y política de su objetivo, impuesta al mundo por la derrota de los que lo perpetraron, se encontraría en un libro de texto. No faltarían distinguidos eruditos compitiendo por investigar y generalizar esta experiencia en beneficio de una organización avanzada de los asuntos humanos».

Pero por otro lado, no ya los vencidos sino las víctimas por antonomasia de la barbarie nazi, los judíos, han acabado por ver convertida su memoria en la única memoria posible de lo ocurrido en los campos de concentración nazis. Lo único que realmente cuenta entonces de lo allí ocurrido es que allí sufrieron y murieron judíos. Esto conlleva evidentemente una forma violenta de colonización sobre las memorias de otros colectivos (como los republicanos españoles, por ejemplo) que tam-

bién sufrieron y murieron en los campos. Todo el mundo sabe lo que significa *Shoá*, pero ¿quién sabe lo que significa *porraimos*, la palabra que nombra el exterminio nazi de los gitanos: *devoración*? Pero además esta priorización del elemento religioso o étnico también conlleva una segunda consecuencia, más grave aun si cabe: la desatención al modelo de racionalidad burocrática moderna puesto en obra en los campos nazis, modelo cuya vigencia actual en el ámbito de la gerencia científica de las poblaciones debería ser objeto urgente de toda la atención al respecto.

Jordi Font Agulló

Como ya se ha sugerido, las memorias oficiales son poco operativas desde el punto de vista del florecimiento moral de una sociedad. El sintagma «memoria oficial» es un contrasentido y es de por sí un concepto autoritario. Este sería uno de los motivos por los que casa tan bien con sistemas políticos que no admiten la crítica, como, por ejemplo, el fascismo o el comunismo de corte estalinista. Sin embargo, ese peligro también se detecta, insisto, en sistemas democráticos liberales. Algo de eso ocurrió en la España de la Transición y de los años que la siguieron. En nombre de la consolidación de la democracia, desde las altas esferas del poder se hizo un esfuerzo por privilegiar un relato del pasado inmediato mutilado —la Guerra Civil y el franquismo—, en el que se sintieron excluidas muchas de las memorias diversas, sobre todo la de los vencidos en la conflagración bélica. La memoria completamente consensuada es una quimera ya que es por esencia conflictiva y, por lo tanto, una pretensión de tal naturaleza solo conduce a procesos mistificadores y a la simplificación. Los mitos ocultan las complejidades que tejen el pasado y, además, suelen tener un efecto de saturación, como ha advertido Régine Robin cuando se ha referido a la «memoria saturada». Un buen ejemplo de ello es la sacralización del testigo y de la víctima, tan característica de nuestra época. Aparte de tener un efecto rebote que conduce a

amplias franjas de la sociedad hacia un cierto papanatismo histórico —por cierto, muy en sintonía con la cultura mediática dominante—, esta sacralización de la víctima ha supuesto una relegación del testigo-resistente. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, el resistente contra el fascismo o el nazismo era el paradigma por antonomasia. Desde los años noventa, más o menos, el sujeto-víctima o superviviente ocupa ese lugar, ya que el compromiso político ha dejado de tener prestigio y, en cambio, sí lo ha adquirido una mirada ecuménica del sufrimiento. Esas fijaciones monolíticas del pasado es evidente que responden a intereses del presente que son el producto de coyunturas políticas y hegemonías culturales. Es eso lo que hay que tratar de contrarrestar. Es necesario, por ejemplo, remarcar que bajo el fascismo ni todos fueron resistentes, ni todos fueron víctimas. Hubo, como es obvio, de todo. Es más, también hubo muchos indiferentes y no pocos colaboradores en una gradación que incluye delatores, torturadores y verdugos.

Verdaderamente, los actos conmemorativos son ambivalentes. En muchos casos aún aducen de una excesiva carga de épica heroica y de celo patriótico. Lo que nos enriquece democráticamente es la *complejización* de nuestra mirada hacia el pasado mediante un aparato crítico basado en los diferentes estudios históricos contrastados. Y lo peor que puede pasar es sucumbir al Kistch histórico que tanto gusta a la industria del entretenimiento.

Como he subrayado anteriormente, más que imponer una memoria histórica, lo que hay que crear es un marco en el que sea posible la confrontación tranquila —sin refutar la reflexión y la crítica— de la diversidad de memorias que perviven y conviven. Es aquí donde entra en juego la honestidad y el rigor de los estudiosos del pasado, es decir, de aquellos que trabajan en los campos de la historia, los estudios humanísticos y las ciencias sociales. Ellos, los investigadores —habría que añadir también el trabajo de los creadores (artis-

tas, escritores, etc.)—, proporcionan los materiales y datos que deben ser útiles para ahuyentar los mitos y estereotipos tan propios del totalitarismo y de los nacionalismos excluyentes, pero que también pueden estar presentes en las democracias. La memoria no debe imponerse. La imposición es sinónimo de fracaso.

Sin duda, el caso de la España de la segunda restauración borbónica es paradigmático en lo que se refiere a las resistencias de las memorias silenciadas. Desde principios de los años ochenta pasó por una larga etapa de resignación que poco a poco fue disminuyendo gracias, en parte, al trabajo de una joven historiografía que cargó de razones empíricas a esa tercera generación de los nietos de la guerra que querían desvelar lo que les ocurrió a sus abuelos y abuelas. Esta tercera generación se sentía alejada de las limitaciones memoriales impuestas —quizás no había habido otra salida— durante el proceso transicional en pos de la reconciliación. Al mismo tiempo a finales del siglo xx se producían dos situaciones que favorecieron ese despertar de las *otras memorias*. Por una parte, una derecha sin complejos, como decía José María Aznar, había conquistado el poder y empezó a difundir una lectura revisionista del pasado reciente apoyada en un neofranquismo zafío pregonado por pseudo-historiadores. Eso, como es obvio, comportó una reacción de la historiografía seria y, a su vez, estimuló la creación de asociaciones reivindicativas que pedían una reparación moral —y económica en algunos casos— por los daños que causó el franquismo a sus familiares. Por otra parte, a nivel internacional, en procesos transicionales posteriores como los del Cono sur o Sudáfrica, se imponía el paradigma global de los derechos humanos. Esta nueva narrativa de los derechos humanos ha supuesto promover, como primer paso hacia la paz social, el reconocimiento de las víctimas en los países que sufrieron regímenes dictatoriales y el inicio de procesos judiciales donde deben comparecer los perpetradores de crímenes y violaciones de los derechos humanos. El

contexto español, donde decenas de miles de cuerpos, enterrados de mala manera en las cunetas de las carreteras, continúan sin ser identificados, no podía quedar ajeno a las nuevas posibilidades que abría la vía *humanitarista*. Otra cosa ha sido la reacción que ha tenido la administración del Estado español. Resumiendo, si tomamos como ejemplo el caso español, con sus singularidades regionales y nacionales, podríamos decir que la resistencia de las *otras memorias* se teje a partir de la confluencia de diversos factores: científicos, generacionales, políticos e internacionales.

Javier Cercas

No me gusta la expresión «memoria histórica», porque es un oxímoron: la memoria es individual, parcial y subjetiva; la historia, en cambio, es colectiva y aspira a ser total y objetiva. Pero, además, en España y en otros países también es un eufemismo: el llamado Movimiento para la Recuperación de la Memoria Histórica debería haberse llamado Movimiento para la Recuperación de la Memoria de las Víctimas del Franquismo, o de la Memoria Republicana. Dicho lo anterior, se comprenderá que tampoco me guste la expresión «memoria oficial»: es otro oxímoron, como «memoria colectiva». A mi juicio, toda esta confusión conceptual —el éxito de esas expresiones que sirven más para desorientar que para aclarar— se debe en gran parte a la explosión de la memoria en los últimos años, y al hecho de que en gran parte ha invadido la historia. Sobra decir que la memoria es fundamental para todo, porque sin memoria no somos nada; pero no es lo mismo que la historia. Antes, digamos hasta los años setenta, la memoria apenas desempeñaba un papel en la construcción de la historia, en la reconstrucción del pasado; ahora desempeña un papel excesivo, hasta el punto de que ha colonizado los terrenos de la historia. Ambas cosas son malas: necesitamos la memoria, pero también necesitamos la historia. Puede haber una historia oficial —un mínimo acuerdo de un país sobre su pasado—, pero no puede haber una memoria oficial, porque

la memoria es por definición subjetiva, sentimental, individual, rebelde, insumisa, y no atiende a razones, todo lo cual le permite, como decía precisamente Benjamin, abrir expedientes que la historia daba por cerrados. En resumen: ni puede ni debe haber una memoria oficial; ni puede ni debe imponerse ninguna memoria a otras. Separar el territorio de la historia y el de la memoria, para que se conviertan en aliadas y no en adversarias y para que la buena relación entre ellas permita la reconstrucción veraz del pasado y el diálogo fecundo del presente con él, se me antoja una de las tareas fundamentales de ahora mismo.

Xavier Antich

Benjamin ya escribió, en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia* que «se puede decir que un cronista que no hace distinciones entre acontecimientos grandes y pequeños demuestra que se ha hecho suya esta certeza: que nada del pasado no debería ser considerado como perdido para la Historia». Desde esta perspectiva, en la que se basa la denominada microhistoria, ha de ser posible rescatar aquellas memorias expulsadas de la versión oficial o hegemónica y condenadas a nutrir una periferia de memorias excluidas.

Benjamin, de forma premonitoria, intuyó que las mutaciones en el pensamiento, en el arte y en la propia práctica científica de su tiempo, así como en la propia sociedad, exigían una reformulación del sentido mismo del gesto de la mirada al pasado a través de la memoria. En cierto sentido, todas sus obras, de forma más o menos implícita, pretenden «pasar por la historia el cepillo a contrapelo», despertando así, con ello, los acontecimientos dormidos de la historia, pero no para conocerlos *como realmente han sido* ni *como documentos clausurados de un pasado estático*, sino para descubrir, en ellos, el recuerdo que «relampaguea en un instante de peligro». De lo que se trata, en definitiva, es de evitar el riesgo, presente como una amenaza en cada una de las imágenes del pasado, de que se desvanezca para

cada presente que no sea capaz de reconocerse en ellas.

Como ha señalado Susan Buck-Morss refiriéndose a Benjamin, «su objetivo era destruir la inmediatez mítica del presente, no insertándola en un continuum cultural que afirma el presente como su culminación, sino descubriendo aquella constelación de orígenes históricos que tiene el poder de hacer explotar el *continuum* de la historia. [...] Benjamin nos vuelve conscientes de que la transmisión de la cultura, central a su operación de rescate, es un acto político de la mayor importancia».

No es extraño que Benjamin concibiera, en cierto modo, el propio pensamiento histórico de forma muy semejante al proceder del montaje y del fotomontaje, así como tampoco debiera extrañar la fascinación que sentía por los residuos abandonados, como si fueran un excedente molesto, por las grandes narraciones sistemáticas del presente y del pasado, y la atención que siempre dispensó a esos elementos —diríamos— minimalistas capaces de contener una significación reveladora más allá de su minúscula materialidad y de la insignificancia a la que los condenaba una Historia atenta a los grandes trazos y a los bloques monumentales.

Carmen Castillo

Como decíamos con anterioridad se trata de una verdadera guerra. Los vencedores saben que la Historia, a pesar de la crisis de transmisión de la que habla Benjamin, es quien legitima. En Chile no es honorable hoy haber participado en la Dictadura (sobre todo haber sido torturador) pero como lo que se logró después de veinte años de impunidad y amnesia, fue un relato de sufrimientos de las «víctimas», la sociedad no puede conectar en su cabeza que Pinochet lo que impuso en Chile fue el neo-liberalismo (o ultra liberalismo) perfecto y que por lo tanto lo que sufren hoy, cada día, con ese modelo donde reina la desigualdad y la injusticia, no es producto de aquellos que pusieron a

Pinochet, se enriquecieron y siguen gobernando hoy bajo la mascarada de una democracia dirigida por socialistas, comunistas y demócrata cristianos. Los relatos sentimentales, patéticos, van en contra de la verdadera memoria de los vencidos, aquella de la lucha, aquella del mañana. Por eso hay que construir relatos, ficciones, desde la vereda de los que luchan hoy, y eso obliga a construir puentes,

pasarelas, conmover y pensar. No digo que haya que militar en tal o cual partido, solo que al *crear* estemos conscientes del *resistir* (como al *resistir* verdaderamente a lo irresistible hay que tener conciencia de que hay que *crear*, inventar). De nada sirve tampoco ser la caricatura de lo que fuimos o repetir sin tregua una lengua derrotada o cautiva: hay que inventar para sacudir y abrir brechas.

3. Y al hilo de la pregunta anterior, ¿creéis que es lícito oponerse a la recuperación del pasado en nombre de una supuesta voluntad general, de un supuesto bienestar común? Y si es así, ¿en qué casos?

Maximiliano Fuentes

Como han afirmado numerosos estudios, no solamente es lícito sino que también puede llegar a ser en cierta medida terapéutico en términos sociales. No obstante, es importante, en primer lugar, delimitar el alcance de esta supuesta voluntad general. También hay que tener en cuenta el uso político de la *recuperación* del pasado con unos determinados intereses políticos concretos que han realizado con diferentes intensidades tanto regímenes democráticos como dictatoriales. Finalmente, es fundamental tener en cuenta que la necesidad de respeto por una justicia vinculada al respeto por los derechos humanos a la hora de plantearse impugnaciones a una supuesta voluntad de memoria general, si es que puede plantearse en estos términos.

Miguel Morey

El bienestar común depende también de la memoria común: si una parte de quienes tienen derecho al bienestar común no tiene derecho a ver reconocida su memoria estamos ante un problema grave, un problema que afecta a qué entendemos por común y a qué bienestar se tiene derecho en común. No estaría de más recordar aquí la expiación ritual llevada a cabo periódicamente por Alemania, principal impulsora de la memoria conmemorati-

va a partir de la Segunda Guerra Mundial. Y que Auschwitz es, por decreto, un «deber de memoria», y que negar la existencia y uso de las cámaras de gas en los campos nazis (es decir, negar la *Shoá*) es un delito.

Jordi Font Agulló

La recuperación del pasado o una determinada interpretación del pasado inmediato siempre figura en las agendas políticas, ya que persigue legitimar el estado de las cosas del presente. La cuestión es qué y cómo se recupera ese pasado. La opción por el olvido es, desde luego, una manera de afrontar el pasado. Es también una forma de memoria. Cuando se habla de esta cuestión, es decir, el fomento del olvido en nombre de la edificación de un futuro mejor que deje de lado las viejas luchas intestinas —en el caso de guerras civiles— o que pase de puntillas por actuaciones tan escabrosas como los crímenes contra la humanidad —en el caso por ejemplo del nazismo—, se suele recurrir al ejemplo paradigmático de la Grecia Clásica, tan bien analizado por Nicole Loraux en su libro *La ciudad dividida*. En ese caso, los griegos antiguos, en el año 403 a.C., después de un largo período de guerra y violencia, habrían decidido «extirpar de sus vidas el yugo de la memoria» y habrían prescrito las virtudes cívicas del olvido como forma

futura de convivencia. O sea, se habrían opuesto a remover el pasado para evitar el inicio de nuevas controversias que serían peligrosas para mantener la paz y la prosperidad de la comunidad.

Esta posible senda de la reconciliación tiende a dejar de lado las cargas más pesadas del pasado que, a menudo, contienen hechos y comportamientos que no encajan en los discursos sobre los que se cimenta un presente olvidadizo. El viaje hacia el futuro se quiere hacer ligero de equipaje. No obstante, el riesgo es que este tipo de operaciones dejan un vacío ético profundo en esas sociedades. El «echar al olvido» quizás funciona de manera inmediata como parachoques que hace posible la refundación de una sociedad que, como es el caso de la Alemania de la Segunda Guerra Mundial, se había sumido en la más absoluta de las bajas, o ante el riesgo de una nueva confrontación civil como podría ser el caso de la España de la Transición, pero tiene consecuencias nefastas a medio plazo, y hay que hacer un gran esfuerzo para reponerse. Quien más se resiente es la calidad de la democracia. En nuestro caso, la apelación al olvido podría entenderse en los años complejos del proceso transicional, aunque habría que matizar que la inculcación del miedo en el seno de la sociedad —y por lo tanto la invitación al olvido— estaba relacionada con el mantenimiento de una parte importante de los privilegios que habían tenido los sectores afines a la dictadura. Desgraciadamente, esta apuesta por el olvido perduró en el tiempo y se convirtió en la política pública de memoria promovida por los propios gobiernos socialdemócratas de los años ochenta y primeros noventa. Fue la siguiente generación —en este caso los nietos de la Guerra Civil— quien resquebrajó el bloqueo del olvido. Realmente, no hay una única respuesta a vuestra pregunta. Quizás la «no recuperación del pasado» u olvido en un momento determinado es una necesidad, aunque su dimensión y su transcendencia depende de la correlación de fuerzas en el proceso transicional hacia la democracia. Lo que no es admisible, a medida que pasan los años,

es su pervivencia. Las reticencias a unas políticas públicas de memoria que posibiliten hablar de una vez por todas de todo nuestro pasado reciente no tienen ninguna lógica. En una sociedad que pretende ser una democracia madura se debe poder afrontar toda la complejidad del pasado, se adapte o no a nuestros deseos y preferencias en el presente. Aunque, claro, habría que tener en cuenta que en los parámetros actuales, en los que predomina la internacionalización de la condena de las violaciones de los derechos humanos y de los crímenes contra la humanidad, posiblemente, un proceso como la derogación del franquismo no necesariamente se habría ejecutado apelando a valores como el olvido o a esa pseudo-reconciliación que venía a decir «todos tuvimos la culpa». Y es obvio que los niveles de culpa no fueron todos iguales. Eso es lo que la población tiene derecho a conocer. O sea, hay que potenciar el impulso de la memoria, no como un deber, sino como un derecho que proporcione las claves para esclarecer el pasado. La construcción del futuro sobre el olvido en algún momento u otro acaba mostrando sus grietas.

Javier Cercas

Oponerse a recuperar el pasado es como oponerse a entender el presente. El problema es qué pasado se recupera, cómo y para qué. Recuperar el pasado no es necesariamente bueno por sí mismo: esa es otra de las supersticiones intelectuales de nuestro tiempo. El franquismo, digamos, vivía permanentemente en el pasado, recordando permanentemente la guerra, lo que explica que los cuarenta años de franquismo no fueran cuarenta años de paz, como el régimen proclamaba, ni que la guerra durara tres años, como suele creerse: duró cuarenta, porque el franquismo no fue sino la continuación de la guerra por otros medios. Sectores decisivos del poder israelí actual hacen un uso igualmente espurio y dañino del pasado, utilizando la memoria del exterminio de los judíos en Europa como excusa o instrumento o justificación ideológica de su política brutal contra los pa-

lestinos. Y así sucesivamente. Además, lo que hay que recuperar no es exactamente el pasado, sino la verdad del pasado, con todos sus matices, sus vértigos y contradicciones, para asumir el presente con todas sus contradicciones, sus matices y sus vértigos. Eso es muy difícil hacerlo, pero a la vez es necesario. Es lo que no hemos hecho los españoles, tampoco con el llamado Movimiento de Recuperación de la Memoria Histórica. Añadamos, para decir toda la verdad, que no lo ha hecho casi nadie (salvo los alemanes, que por lo menos lo han hecho mejor que todos los demás). Al menos en lo que se refiere a nuestro pasado más duro, vivimos permanentemente en una verdad enmascarada o maquillada, porque la verdad no nos gusta: nos gustan las mentiras. Recuerden lo que dijo en una ocasión el general De Gaulle, quien tras la Segunda Guerra Mundial consiguió convencer a los franceses, o a casi todos los franceses, de que todos o casi todos habían sido resistentes: «Les français n'ont pas besoin de la vérité [Los franceses no necesitan la verdad]».

Xavier Antich

La recuperación del pasado en nombre de una supuesta voluntad general puede derivar peligrosamente en una memoria de consenso, articulada en torno a las memorias no problemáticas. Por el contrario, el ejercicio de la memoria, cuyo sentido

solo puede ser el reactivar lo olvidado o reprimido, tiene que ver en primera instancia, precisamente, con la recuperación y activación de aquellas memorias que, por su carácter problemático o incluso antagónico, han sido descuidadas en nombre de una pacificación del presente que prescinde de las memorias que podrían incomodarlo. Sin embargo, es justamente este tipo de ejercicios de memoria institucional, puesta en marcha siempre en aras de una supuesta pacificación de los antagonismos, la que avala a menudo el olvido de esas otras memorias incómodas, que por su carácter diferencial, respecto a la memoria de consenso, activan el conflicto y el antagonismo entre relatos discrepantes del pasado. Pero no puede haber *bienestar común* ni memorias de consenso institucional sin activar, al mismo tiempo, esas otras memorias conflictivas cuya activación producen, sin duda, inquietud por el recuerdo de conflictos no resueltos.

Carmen Castillo

¿En nombre de la reconciliación nacional? ¿Del perdón, del fin de la guerra? Puras mentiras. La batalla por la memoria es sin concesiones, pero hoy tenemos que darla en nombre de lo *humano*, en nombre de la *dignidad*, en nombre de la necesidad de compartir y del afecto. No de «ideologías», sino al lado de los que sufren, los que pierden, «los de *abajo*», los oprimidos, como brújula.

4. La memoria, particularmente del horror y de sus víctimas, nos parece un deber ineludible. Sin embargo, ¿hay el derecho al olvido? Por otra parte, ¿se ha producido un abuso de la memoria? O más bien, como intuyó Primo Levi a propósito de los campos de exterminio nazi, ¿se ha banalizado la memoria? De ahí, ¿el pasado más terrible también se ha convertido en un producto de consumo a través de un turismo de la memoria? ¿Qué son los lugares de la memoria y del duelo?

Maximiliano Fuentes

Hay muchos especialistas que llevan ya unos cuantos años hablando de un cierto abuso de memoria o, siguiendo a Levi, de una banalización de la memoria. Esto puede observarse no solamente

en el cine más *mainstream* sino también en algunos lugares de memoria emblemáticos vinculados al nazismo y el Holocausto (aunque no exclusivamente a ellos). En cierta medida, algunas de las configuraciones museísticas de los campos de con-

centración —no todas, afortunadamente— han perdido una parte relevante de su capacidad explicativa y de conmemoración crítica para pasar a formar parte de un punto casi obligado de algunas rutas turísticas habituales que no necesariamente están pensadas en términos históricos o memorialísticos. Esto ha llevado a que se haya hablado de una cierta *parquetematización* de estos sitios. En realidad, desde mi punto de vista, los lugares de memoria y duelo deberían ser espacios de explicación y reflexión enfocados tanto de cara al pasado como hacia el presente. Deberían ser lugares que nos interrogaran en tiempo presente sobre los vínculos entre el pasado reciente y nuestra vida como ciudadanos críticos. A nivel local, la experiencia del Museo Memorial del Exilio de La Jonquera demuestra la potencialidad de este tipo de proyectos.

Miguel Morey

La banalización como objetos de consumo de los lugares de la memoria, diseñados como parques temáticos al uso, va acompañada de una pérdida efectiva y generalizada de la memoria, inmersa ahora en una temporalidad de la inmediatez enteramente organizada por la adicción al consumo. A día de hoy son igualmente lugares rituales de peregrinaje turístico los espacios donde ocurrieron determinados hechos memorables y los espacios en los que se filmaron películas o series televisivas *de culto*, igualmente memorables ambos...

Mireia Llorens

El derecho al olvido difiere según quién lo reclama y con qué finalidad. Jorge Semprún, en *La escritura o la vida*, comenta cómo al poco de su regreso al mundo de los vivos, el olvido deliberado y sistemático del campo se convierte en la única alternativa posible para sobrevivir. Esa *cura de afasia* se prescribe como condición existencial en la tarea del retorno a la vida. De manera análoga, si la memoria se convierte en obsesión memorial, en el sentido peyorativo del término, y abandona su

condición crítica, reflexiva o, incluso, integradora de otras memorias silenciadas o minoritarias, entonces el olvido aparece como la única posibilidad de regeneración de la misma memoria. Enzo Traverso lo ejemplifica con el caso de Yehuda Elkana, superviviente de Auschwitz y director del Instituto de Historia de la Ciencia de la Universidad de Tel-Aviv quien, en 1982, ante los crímenes cometidos a raíz de la ocupación israelí en el Líbano, conjuró el derecho a olvidar con el fin de liberarse del lastre de la memoria. En consecuencia, cuando la sacralización de la memoria concentracionaria oficial se convierte en sí misma en un salvoconducto para eludir cualquier responsabilidad o condena del propio ejercicio de violencia, nos encontramos ante un abuso de la memoria.

En cuanto a la banalización de la memoria y su instrumentalización como producto de consumo a través de un turismo de la memoria coincidirían en una evolución compleja del proceso de reificación del pasado. En el caso de la Primera Guerra Mundial, sin duda, se inició a partir del Armisticio en la superación de la conmoción y en el inicio del duelo comunitario. Tal como lo había descrito Freud, a raíz de esta experiencia traumática, el duelo y la melancolía impregnaron un *ethos* colectivo en el que la aflicción comportó la represión del pensamiento crítico, la ira o la denuncia que habían motivado, por ejemplo, la poesía directa y acusadora de algunos poetas de guerra británicos durante el conflicto. En su lugar, se extendió una visión ecuménica de la esperanza y un sentimiento de fraternidad nacional que permitieron la articulación del recuerdo a los caídos y la posibilidad de la lamentación pública a través de las procesiones a los monumentos de guerra. Los rituales conmemorativos, como por ejemplo el culto al *soldado desconocido* o las ceremonias del Día del Armisticio, son indisolubles de los espacios públicos que, con el tiempo, se han transformado en auténticos centros de peregrinaje turístico. Seguramente, el culto a la memoria puede sucumbir a la banalización cuando cae en la formulación retórica,

autocomplaciente, mistificadora y generadora de mitos. Por eso, la historia (la de los profesionales), entre otras disciplinas humanísticas y artísticas, adquiere un papel tan relevante en la construcción de un discurso crítico que no ceda ante las ilusiones o perversiones que, a menudo, provienen de la industria del entretenimiento con el fin de *facilitar* —por no decir simplificar— la comprensión al público a través de la *tematización* de los espacios de la memoria.

Javier Cercas

Por supuesto que hay derecho al olvido: una víctima que no quiere recordar tiene todo el derecho del mundo a no hacerlo y a intentar olvidar, o por lo menos a vivir en privado con su propia experiencia del espanto. ¿Quién demonios somos nosotros, que no somos víctimas, para obligarle a recordar? Esa obligación me parece una inmoralidad absoluta. Por otra parte, es obvio que la inflación de la memoria nos ha hecho olvidar el hecho evidente de que, igual que necesitamos la memoria, necesitamos el olvido, sencillamente porque sin olvido no hay verdadera memoria, pero sobre todo no hay capacidad de entender: recuerden al Ireneo Funes de Borges, que lo recordaba todo y era un perfecto idiota (en el sentido etimológico de la palabra). En cuanto a la banalización de la memoria y la historia de los momentos más negros de nuestro pasado, me parece una evidencia que solo un hombre tan lúcido como Levi podía prever y que por supuesto no solo se refiere al turismo: yo lo he llamado *la industria de la memoria*. Lo ocurrido en España en los últimos años es, en este sentido y con todas las variantes que se quiera, algo que ha ocurrido en todo Occidente: el Movimiento para la Recuperación de la Memoria Histórica —un movimiento, casi sobra decirlo, absolutamente justo y necesario— nació como una necesidad pero al cabo de unos años se convirtió en una moda y en una industria. Y, del mismo modo que, según nos enseñaron Adorno y Horkheimer, el fruto de la industria cultural es el de una cultura *kitsch* —una

cultura degradada y falsa, que le ofrece a su consumidor la ilusión de estar consumiendo la verdadera cultura sin exigirle el esfuerzo ni someterlo a los vértigos e ironías y contradicciones que la verdadera cultura exige—, el fruto de esa *industria de la memoria* fue una memoria y una historia *kistch*, una visión edulcorada, digerible, amable, tranquilizadora y sentimental del pasado, una visión sin eso que justamente Levi llamaba las «zonas de sombra» o «zonas grises», esos lugares atroces en los que los verdugos se convierten en víctimas y las víctimas en verdugos. Es duro y desagradable reconocer esto, pero es cobarde y mentiroso no hacerlo. El deber de la escritura y del arte en general es hacerlo: es no someterse al chantaje de la industria, ni de la industria cultural ni de la de la memoria. Rehacer, con unos nuevos instrumentos artísticos, una historia y una memoria veraces, sin maquillajes ni componendas.

Xavier Antich

¿Derecho al olvido? Queremos, desde hace siglos, recordar lo que ha pasado y evitar que el olvido destruya aquellas cosas que parece que han de ser recordadas. Porque lo más natural, conviene remarcarlo, es justamente el olvido: olvidamos cosas en una proporción extraordinariamente más alta que aquellas que recordamos. Y por ello nos duele olvidar algunas cosas que pensamos que deberían ser recordadas. Actualmente, sin embargo, estamos, de lleno, en una cultura histórica, marcada por lo que Paul Ricoeur ha denominado *frenesí documental*. Y este debate no es solo una temática de especialistas: solo hay que pensar en las polémicas alrededor de las *Memorial Laws* en Estados Unidos, las *Lois Mémoires* en Francia o, aquí, la Ley de la Memoria Histórica o la Llei del Memorial Democràtic. Es legítimo pensar, por ello, que en ocasiones la voluntad compulsiva para recordar puede llegar a ser patológica e incluso, en ocasiones, contraproducente. En cierto modo, estamos obligados a escoger entre dos absolutos, se diría que igual de inhumanos: olvidar a

pesar de sepultar en el olvido un pasado que merece ser recordado, o recordarlo aunque el pasado, por su peso en ocasiones traumático, amenace la posibilidad misma del presente y de articular un futuro en común. Quizás solo sea posible la selección de lo que tiene que ser memorable porque, en parte, nos define. Sin este esfuerzo, la humanidad tal vez no sea sino una sombra.

Luis Buñuel dijo que «hay que haber empezado a perder la memoria, aunque solo sea a trozos, para darse cuenta de que esta memoria es lo que constituye toda nuestra vida. Una vida sin memoria no sería vida... Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella, no somos nada». Y la realidad es que la memoria nos constituye, no solo en nuestra dimensión individual, sino también colectiva. Y sucede a menudo que la amnesia colectiva, que, a diferencia de la individual, puede no ser patológica, aparece en ocasiones como inducida y programada. Sin embargo, sus efectos son devastadores, pues el *nosotros* de una colectividad también se puede perder cuando se borran tramos del pasado. ¿Qué queda, entonces, de nosotros, sino un relato amputado?

Ya sabemos que la memoria define todo aquello que somos, individualmente y colectivamente. Somos lo que somos porque el recuerdo sedimenta una continuidad a través de cuyo tiempo encima se instala el presente en que vivimos. Sin este pasado memorable, solo queda, como dice el neurólogo A. R. Luria, «un mundo destrozado».

Por otra parte, son fenómenos prácticamente generalizados una cierta banalización de la memoria y la conversión de ciertos momentos del pasado como productos de consumo, así como la transformación de los lugares de memoria y duelo en destinos del turismo cultural. Es un fenómeno de alcance global relativamente reciente, y digno, por sí solo, de un análisis diferenciado y específico.

Carmen Castillo

Si, así es. Un producto para verter lágrimas un momento y dar vuelta la página sin culpa, buena conciencia. Hay un autor extraordinario, Jean Améry, quien también se suicidó como Primo Levi y Walter Benjamin; él muestra en su libro *Más allá de la culpa y la expiación* cómo se escamotea el verdadero trabajo de memoria del horror en Alemania y en Europa desde el fin de la guerra. Sin justicia real, sin explicitación de la responsabilidad de los Estados, sin consideración por la Lucha de los vencidos (seres conscientes, con mucho coraje e imaginación de futuro) no puede haber reparación ni la creación de «otro mundo», de «otra cosa», de «otro futuro». Nunca se acaba la pelea por la memoria. En Chile Villa Grimaldi es una corporación de ex luchadores que maneja el memorial, aun así no existe garantía de que ese espacio permita no solo recoger los archivos de las memorias de los sobrevivientes sino crear puentes con lo que les sucede en el presente a esas personas y a su descendencia. Y más allá y más fundamental, conectar los *túneles del tiempo*: esto que nos sucede ahora, la dureza de una vida social, *tiene que ver* con la tortura y la desaparición de miles de combatientes y de sus familias. Lo que importa es que la memoria siga moviéndose en el devenir de la sociedad entera.

5. Como planteábamos en la introducción, Enzo Traverso, citando a Benjamin, señala que la irrupción, de manera amplia, de la memoria en el espacio público de nuestras sociedades se inscribe en una tendencia general propia de la modernidad: la crisis de la transmisión o de un modo concreto de transmisión, podríamos decir secular. Teniendo en cuenta que este cuestionario es para una publicación cinematográfica, nos parece interesante, también, formular una pregunta que intente unir, de alguna manera, la historia, la memoria, con el cine y el audiovisual por extensión. ¿Cuál ha sido el papel del cine, del audiovisual en general, durante el siglo xx, en el que ha continuado el declive de la experiencia transmitida? ¿El cine puede haber suplido, salvando todas las distancias y en ciertos aspectos, ese trabajo de transmisión colectiva? Y aun a riesgo de pecar de poco precisos o de demasiado ambiciosos, cuando hablamos de cine nos referimos tanto a los western de Hollywood como a una obra como *Shoah* de Claude Lanzmann, por ejemplo.

Maximiliano Fuentes

Efectivamente, el cine ocupa un lugar de primera relevancia en la construcción de experiencias comunes. En buena medida, ha contribuido a crear visiones compartidas del pasado que, a menudo, han desarrollado caminos en paralelo y sin contacto con las reflexiones historiográficas académicas. Esto se produjo ya en los primeros años de la Primera Guerra Mundial —y aun antes— con el *boom* de películas que pusieron el eje en la crítica a la violencia bélica y en la defensa de valores pacifistas. En relación con la Segunda Guerra Mundial, como es conocido, esto se multiplicó. Sin duda, las interpretaciones dominantes en términos sociales del nazismo y de las memorias construidas en torno a él serían inexplicables sin recurrir al cine.

Miguel Morey

Los medios audiovisuales son campo privilegiado para el despliegue de las diversas memorias, con una influencia muy desigual en proporción a la potencia y los intereses de las empresas que las promocionan y distribuyen. En consecuencia, el punto de vista etnocéntrico parece inevitable. Cabe destacar sin embargo la emergencia de un buen número de productos que podrían denominarse post-coloniales que, aunque en una manifiesta inferioridad de condiciones, vienen a corregir esos hábitos etnocéntricos de nuestra memoria a la vez que abren un nuevo mercado.

Mireia Llorens

Admito que tengo dificultades en encajar el concepto de Benjamin por lo que se refiere a la crisis de la experiencia transmitida que instaaura simbólicamente a partir de la Primera Guerra Mundial. Entiendo que se refiere al trauma que vivieron millones de personas, en especial, jóvenes campesinos que habían heredado de sus antepasados un modo de vida y de pensamiento, forjados en un marco cultural y social estables. Una guerra tremendamente industrializada, que instauraría el siglo de la megamuerte, irrumpió para desmantelar literalmente ese mecanismo de transmisión vital. Sin embargo, en el caso británico, que es el que más he trabajado, el declive de esa experiencia transmitida ya se vislumbra mucho antes, durante la Revolución Industrial. Ese *continuum* existencial entre generaciones se quiebra en los siglos xviii y xix ante un proceso industrial impareable e implacable que condenaría a hombres, mujeres y niños a malvivir en pésimas condiciones de miseria y esclavitud, sin posibilidad alguna de reconducir su propia herencia vital o familiar. El campo, como metonimia de la sociedad rural, del saber ancestral o, incluso, de la comunidad que pasa a convertirse en la misma nación, Inglaterra, se convierte entonces, como ya analizó Raymond Williams, en un espacio de recreación literaria, de evocación nostálgica y de voluntad panegírica. En consecuencia, la memoria del pasado tiende

a reincidir en la misma evocación elegíaca de la *Vieja Inglaterra* auspiciada por un escenario rural de belleza y placidez, y un sistema social estable, sin fisuras ni conflictos que excedan el ámbito meramente individual. Un ejemplo de ello son las memorias de guerra de Siegfried Sassoon que circunscriben el inicio autobiográfico a la narración de su infancia y juventud, con el objetivo de edificar una Arcadia sentenciada a desaparecer después de 1914. Evidentemente, sí que me parece acertado insistir en la naturaleza simbólica y seminal de la Primera Guerra Mundial pero no como un momento de ruptura de valores sino de consumación e intensificación de un proceso muy anterior. Después de la guerra, la literatura y las artes en general vivirán un período enormemente fecundo en el que conviven los distintos movimientos de renovación literaria y artística con la necesidad de *narrar* en primera persona la experiencia bélica que conllevará un auténtico *boom* de relatos de guerra. Todo ello es, sin duda, determinante en ese trabajo de transmisión colectiva, como lo será el cine especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Javier Cercas

No lo sé: no he pensado sobre ese asunto. Para mí, el cine ha hecho cosas maravillosas en el siglo xx —por ejemplo, y como decía Borges, preservar la épica, que la novela abandonó—, pero no veo cómo puede hacer esa de la que me hablan. Al menos él solo. Quizá lo que pasa es que ahora la identidad se forja no como en el siglo xix —en comunidades relativamente pequeñas y aisladas—, sino de una forma mucho más abierta o, por utilizar la palabra de moda, global, y también plural, y por tanto a través de muchos otros instrumentos procedentes de muchas otras partes, entre los cuales sin duda está el cine, o por lo menos lo estuvo en la época de su apogeo, a mediados del siglo xx, cuando era el gran entretenimiento y tal vez el gran arte uni-

versal, o uno de los más grandes. Así que tal vez ahora la identidad se forja a través del cine y la televisión e Internet y las redes sociales y la literatura y el teatro y también y, como siempre, a través de la propia comunidad y la propia familia. En fin: no creo que la experiencia vivida y efímera haya sustituido por completo a la experiencia transmitida; es más: no creo que, de estar vivo, Benjamin lo pensara.

Xavier Antich

No hay duda de que, efectivamente, el cine ha contribuido, como medio privilegiado de la cultura visual en la sociedad de masas, a la transmisión colectiva de la historia, a la conciencia sobre ciertos episodios traumáticos del pasado y al conocimiento de realidades ausentes en los relatos oficiales. Y, sin duda, así continuará sucediendo, por el inmenso potencial comunicativo del cine como medio.

Carmen Castillo

En Chile las obras cinematográficas han cumplido un rol, por supuesto. Pero queda mucho por hacer. Las películas de Patricio Guzmán, por supuesto. La magistral *La Batalla de Chile* (1975), crónica de la energía y de las esperanzas de una generación en lucha, es hoy indispensable para conectar el pasado y el futuro. Pero nuestras películas deben ir acompañadas de debates sobre el presente. Mientras los actores del pasado, aun los cineastas, puedan fabricar huellas, algo habremos aportado. Pero debemos pelear también para distribuir esos trabajos, debemos ir a debates. Debemos entregar claves con las palabras de la experiencia del presente, para lograr sacarlas de las cinematecas y llevarlas a los barrios populares. Se requiere siempre buscar el encuentro entre el *antaoño* y el *ahora*. El choque, la emoción que abre una compuerta en las mentes dormidas por el divertimento y el consumo. Difícil, aunque no imposible, tarea.

6. Finalmente, y teniendo en cuenta que este número de *L'Atalante* está dedicado a la Primera Guerra Mundial, nos parece pertinente, también, formular una pregunta que incida directamente sobre la contienda y sobre las estrategias conmemorativas de la efeméride, pero centrándonos en nuestro país. Aunque es sabido que España no participó de manera directa en el conflicto, ¿por qué creéis que la Primera Guerra Mundial no forma parte de ninguna política de memoria en nuestro país? ¿La explicación puede ser tan simple como lo apuntado y obvio: que no fue uno de los países beligerantes?

Maximiliano Fuentes

El punto de partida para explicar la ausencia de la Gran Guerra en nuestro país tiene que ver con varios factores. La neutralidad es un factor evidente y elemental. No obstante, es fundamental tener en cuenta otro elemento que me parece central: la idea difundida por numerosos intelectuales de que España no formaba parte de Europa, es decir, que permanecía al margen de los debates y las consecuencias de todo lo que acontecía fuera de sus fronteras. Esto es lo que explica, entre otros factores, que un país que experimentó, sin formar parte militarmente de la guerra, la mayoría de sus consecuencias —crisis económica, graves tensiones sociales, proyectos autoritarios después del conflicto— haya permanecido y permanezca ausente de los grandes procesos conmemorativos iniciados con el centenario del estallido del conflicto.

Miguel Morey

Me parece que cualquier intento de explicación debe tener en cuenta *también* que de 1914 nos separa el borrado de memoria que durante cuarenta años llevó a cabo el franquismo, y la imposición de una historia de los vencedores, en la clave de la victoria de la civilización (cristiano-occidental) sobre la barbarie; que la resistencia a esta suplantación se llevó a cabo desde una memoria de los vencidos; y que para los intereses de unos y otros la Primera Guerra caía muy lejos y les era poco maleable.

Mireia Llorens

No conozco con profundidad la influencia que la Primera Guerra Mundial tuvo en España. Pero, aunque parezca obvio, el hecho de que no participara en la contienda de manera directa y, por lo tanto, no tuviera que superar los efectos traumáticos que antes hemos comentado sobre la articulación del duelo comunitario, influye en cómo se percibe la Primera Guerra Mundial. Posiblemente, como un hecho histórico lejano y ajeno a la *transmisión colectiva*. También es verdad que España no se ha caracterizado precisamente por su agilidad, después de la Transición, a la hora de enfrentarse al desvelamiento de la memoria de los vencidos, entre otras memorias, que había quedado ocultada deliberadamente. Por lo tanto, ante esa ausencia de celeridad respecto a la propia historia reciente, resulta complicado que la Primera Guerra Mundial pueda ocupar algún lugar relevante en la propia política de memoria. La magnitud trágica de lo que sucedería después de 1918 tendría suficiente trascendencia como para que la Gran Guerra adquiriera seguramente solo una preeminencia simbólica inaugural.

Javier Cercas

Por supuesto: no hay que buscarle los tres pies al gato. Nos puede parecer bien o mal, pero es un hecho: en nuestro país no existe ni memoria ni historia de la Primera Guerra Mundial, como no existe ni memoria ni historia de la Segunda o del Holocausto, o solo existen de forma muy tangencial. ¿Cómo va a conmemorarse algo de lo que nunca hubo memoria? Es verdad que la Primera Guerra Mundial cambió el mundo y por tanto, se quiera o

no, también a España, y que podrían hacerse muchas cosas al respecto; pero el hecho es que no se hacen. Estar al margen de Europa durante siglos tiene estas cosas. Para citar de nuevo al general De Gaulle, ese hombre: «Ah, l’Espagne, c’est déjà l’Afrique».

Xavier Antich

Esa puede ser, sin duda, una razón decisiva. Pero, sin embargo, a mi juicio, la razón más importante es de alcance mayor, y afecta al problema de España con la memoria y a la ausencia pública e institucional de una política sistemática de la memoria que permita abordar el pasado de forma análoga y equivalente a los países de nuestro entorno, debido, en parte, aunque fundamentalmente, a la incapacidad de abordar críticamente el pasado inmediato del franquismo, todavía no condenado por los máximos órganos de representación política en España. ■

conclusión

PASADO Y PRESENTE. HISTORIA, MEMORIA Y JUSTICIA

RAMÓN GIRONA

IMMA MERINO

En plena elaboración de (Des)encuentros para este número de *L'Atalante*, la prensa francesa (y, aunque en menor medida, también la española) se hizo eco de la inauguración del Memorial de Rivesaltes, ubicado en un campo del Rosellón ocupado por barracones donde, desde el año 1940 y hasta el tan cercano 2007, fueron internados una multitud de desplazados por motivos políticos o económicos y de excluidos o perseguidos por regímenes diversos que los recluyeron y controlaron. Tanto es así que, adquiriendo una dimensión simbólica, este campo de Rivesaltes, de una extensión enorme de 640 hectáreas, es un lugar de memoria del siglo xx que llega hasta nuestros días y un reflejo de su Historia; podría decirse que de una parte de esta historia que no es ajena al silencio, a la ocultación culpable y, por tanto, al olvido. En la inauguración del Memorial, un edificio austero de color tierra que prácticamente se hace invisible en el terreno donde parece hundido, el primer ministro Manuel Valls afirmó, y así lo recogieron varios medios de comunicación, que es un espacio para no olvidar uno de los episodios más oscuros de la historia de Francia; no solo de ella, empezando por la desmemoriada España, pues entre los primeros que fueron internados en el campo de Rivesaltes hubo republicanos españoles.

El campo de Rivesaltes también se llama el campo de Joffre en honor al mariscal nacido en esta localidad, situada a unos quince kilómetros de Perpiñán. Joseph Joffre fue considerado un héroe de Francia en la Primera Guerra Mundial por haber parado el avance de las tropas alemanas en la batalla del Marne. El campo de Joffre, de hecho, es una parte del campo de Rivesaltes donde, después de la Gran Guerra, se realizaron prácticas militares hasta la reducción del ejército francés en la época del gobierno de Vichy. Este, aliado con el tercer Reich, lo convirtió en julio de 1940 en un campo de concentración para enviar a los enemigos o aquellos considerados *indeseables*: comunistas, socialistas y anarquistas; los judíos, tanto los franceses como los de Europa central que habían llegado a Francia para escapar del nazismo y que, cercados nuevamente por este, pasaron por Rivesaltes antes de ser deportados a Auschwitz u otros campos de exterminio; los gitanos, todo tipo de *métèques* y otros nómadas; los republicanos españoles que, habiendo pasado por otros campos de refugiados que devinieron de concentración en el sur del Estado francés, todavía no habían encontrado un lugar de destino después de la retirada, que también emprendieron brigadistas internacionales, algunos de los cuales también ahí reclui-

dos; miles de extranjeros que, viniendo desde el norte y el este de Europa, se quedaron sin recursos dentro del territorio francés.

También debe decirse que, después de la liberación de Francia y del final de la Segunda Guerra Mundial, en el campo de Rivesaltes fueron internados prisioneros alemanes y colaboracionistas del nazismo y del régimen de Vichy. Y más tarde los desertores de la guerra de Indochina y de otros conflictos con las colonias, como la de Argelia; de ahí, una vez acabada la Guerra de Independencia, fueron trasladados al campo los llamados *harkis*, es decir los argelinos árabes o bereberes que habían sido adiestrados para luchar contra el movimiento independentista de su país: cuerpos instrumentalizados por el estado francés que, una vez dejaron de ser útiles, fueron escondidos temporalmente en ese confinamiento hasta que mayormente se les dio trabajo en zonas mineras del norte. El campo de Rivesaltes, donde también se internaron militares provenientes de Guinea y de Indochina, fue cerrado oficialmente en 1966, pero hace falta añadir que, desde el año 1986 hasta el 2007, el terreno albergó un Centro de Retención Administrativa, un equivalente de cualquier deplorable Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE); entonces fueron encerrados allí *inmigrantes ilegales*, los llamados *sans papiers*, muchos de los cuales retenidos antes de ser expulsados de Francia.

El centro de retención en Rivesaltes no desapareció, sino que fue trasladado a otro lugar para que, amarga ironía, allí fuera alzado el Memorial, que consta del edificio de 220 metros de largo proyectado por Rudy Ricciotti, pero que se extiende a los barracones que, a instancias del propio arquitecto, no han desaparecido y que en su estado ruinoso son un vestigio de aquellos espacios de confinamiento. No fue en esos barracones donde se retuvo durante veinte años a los *sans papiers*, sino en construcciones prefabricadas en las cuales se habita en condiciones infrahumanas.

Visitamos, pues, el Memorial de Rivesaltes y fue en un soleado día de noviembre en el que ni

tan siquiera soplabla una leve tramontana. Allí estaban los barracones en ruinas, la extensión desoladora del campo que recorrimos y, sin embargo, qué difícil resultaba en ese hermoso día, y quizás hasta en otro día menos luminoso, imaginar lo que allí aconteció.

El edificio del Memorial, que no tiene vistas al exterior, contiene una gran sala donde diversas pantallas proyectan imágenes que documentan los hechos históricos que repercutieron en la configuración del campo de Rivesaltes: la Guerra Civil Española y la derrota republicana; la Segunda Guerra Mundial y la deportación a los campos de exterminio; las guerras de independencia en las colonias. La historia del campo de Rivesaltes se enmarca, pues, en los sucesivos contextos históricos. El Memorial, que acogerá exposiciones temporales y seminarios, se presenta como un lugar para desarrollar proyectos pedagógicos. En cualquier caso, es un «espacio para no olvidar», como dijo Manuel Valls en la inauguración, que se hizo en un clima de controversia con respecto a las políticas de la memoria y su supuesta instrumentalización. Cabe decir que algunas voces vinculadas al FN vindicaron a los *harkis* como aquellos que lucharon por Francia, que no les reconocía y que supuestamente serían relegados en el Memorial. Quizás fueron los mismos que afirmaron que debía formar parte de un complot contra el FN que unos archivos del campo, correspondientes sobre todo al período 1941-1942, fueran encontrados en noviembre de 1996 en un basurero municipal de Perpiñán. Los encontró un empleado, Jacques Chamoux, que los rescató de la basura y comunicó el hecho al periodista Joël Mettay, quien entonces escribió un artículo en *L'Indépendant* y que, con la conciencia de que «estos 'papeles viejos' son la historia del día a día de las injusticias y del sufrimiento de miles de seres humanos»¹, prosiguió una investigación que lo llevó a escribir el libro *L'archipel du mépris* (2001), publicado por la editorial Trabucaille con el subtítulo *Histoire du camp de Rivesaltes de 1939 à nos jours*.

Como explica en el epílogo de su libro, Joël Mettay fue acusado de airear el caso a favor de los intereses electoralistas del PS en Perpiñán. Así lo hizo el prefecto Bernard Bonnet, quien, además, habló de un «outrage à la mémoire» comparable a la profanación de tumbas judías en el cementerio Haut-Vernet de Perpiñán en 1993, durante la noche precedente a la primera vuelta de las elecciones municipales. Sin embargo, la polémica creó conciencia de la historia del campo de Rivesaltes y de su significación. De ahí las investigaciones periodísticas e históricas, como las de Mettay o las de Nicolas Lebourg y Abderahmen Moumen, los dos últimos autores del libro *Rivesaltes, le camp de la France* (Ed. Trabucaire, 2015). En una entrevista reciente, publicada por *Libération*, el 16 de octubre de 2015, Moumen afirma: «la historia del campo de Rivesaltes pone de manifiesto la gestión tecnocrática de los flujos humanos por parte del Estado. Este campo es el signo de la voluntad estatal de controlar los cuerpos migrantes en su territorio»². La restitución de esta historia se inició con el gesto de un empleado municipal que salvó los archivos de la destrucción. Este gesto, tan real, pero también de una gran fuerza simbólica, puso la primera piedra del Memorial de Rivesaltes por el que han luchado ciudadanos y colectivos que entienden que, para que haya memoria, debe trabajarse a favor de ella y reflexionar sobre las formas de transmisión.

Y retazos de esa memoria hay en la gran sala, en las pantallas que proyectan, en bucle, fragmentos de la retirada, imágenes de judíos deportados, de soldados argelinos... Y también están los testimonios sonoros de algunos supervivientes, convertidos en relatos que el visitante puede escuchar, mediante auriculares; y más testimonios, en forma de fragmentos de cartas, de dibujos, de documentos de identidad, de utensilios usados para la subsistencia diaria en el campo, de maletas, de trozos de alambre y de muros... Vestigios, recuerdos, fragmentos, también, como los barracones del exterior, y ante ellos, de nuevo la misma pregunta,

la misma constatación: qué difícil resulta imaginar, sentir, lo que allí aconteció.

Todorov, en su opúsculo *Los abusos de la memoria* apunta que un fenómeno es único en la vivencia personal. El filósofo e historiador, en el capítulo titulado *Memoria y justicia* (TODOROV, 2000: 20-34) distingue entre el ámbito público y el ámbito privado, reconociendo que todo el mundo tiene derecho a recuperar el pasado, su pasado, pero que esa no es la función del espacio público, o lo es de un modo distinto. El espacio público no puede plegarse al culto a la memoria porque eso la convertiría en estéril. El filósofo distingue entre la recuperación literal del acontecimiento³, de la vivencia, y el uso ejemplar —y, por tanto, elaborado— de ese acontecimiento, de ese suceso. El uso literal lo convierte en insuperable y propicia el sometimiento del presente al pasado. Todorov aboga por el uso ejemplar del acontecimiento que permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas y separarse del yo para ir hacia el otro. La memoria literal es memoria a secas, la memoria ejemplar es justicia, según el filósofo. Todorov añade una última reflexión o advertencia: la preocupación por el pasado no puede ser una excusa para desentendernos del presente. Y aún menos en este presente, en que miles y miles de personas huyen de guerras, dictaduras y pobreza buscando un refugio que no siempre encuentran. El día de nuestra visita a Rivesaltes, durante la noche, se produjeron los atentados yihadistas en París. Un nuevo pretexto para el cierre y el control de fronteras, aunque los autores de los atentados se gestaron en territorio francés, en barriadas urbanas donde se vive con un sentimiento de exclusión. ■

NOTAS

- 1 Cita traducida por el editor. En el original: «ces 'vieux papiers' sont l'histoire de jour à jour des injustices et des souffrances subies par des milliers d'êtres humains».

- 2 Cita traducida por el editor. En el original: «l'histoire du camp de Rivesaltes dessine en creux celle de la gestion technocratique des flux humains par l'État. Ce camp est le signe de la volonté étatique de parvenir à contrôler les corps migrants sur son territoire»
- 3 «Por un lado, ese suceso —supongamos que un segmento doloroso de mi pasado o del grupo al que pertenezco— es preservado en su literalidad (lo que no significa su verdad), permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo» (TODOROV, 2000: 30).

REFERENCIAS

- LEBOURG, Nicolas, MOUMEN, Abderahmen (2015). *Rivesaltes, le camp de la France*. Perpignan: Trabucaire.
- METTAY, Joël (2001). *L'archipel du mépris. Histoire du camp de Rivesaltes de 1939 à nos jours*. Perpignan: Trabucaire.
- TODOROV, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL AL PRESENTE: HISTORIA Y MEMORIA, UN SIGLO PARA LA REFLEXIÓN

Resumen

Tomando como punto de partida la Primera Guerra Mundial y la conmemoración de su centenario, el presente texto/cuestionario propone una reflexión sobre el pasado, en sentido amplio, sobre los usos de la Historia y la memoria, o memorias, y su utilización por parte de los más diversos colectivos; desde su apropiación por parte del poder —de los poderes—, en un intento por ofrecer una historia oficial, que lo legitime ante la opinión pública y lo perpetúe, hasta su utilización por parte de aquellos que no lo sustentan y que elaboran relatos de resistencia, de reparación. El texto también reflexiona sobre los usos culturales o de consumo de la Historia y la memoria, fruto de una cierta obsesión conmemorativa, en las sociedades occidentales, y de la conversión, tal vez inevitable, de muchos de los lugares de la memoria en polos de atracción turística.

Palabras Clave

Historia; memoria; Primera Guerra Mundial; actos conmemorativos; turismo de la memoria.

Autores

Maximiliano Fuentes Codera (Buenos Aires, 1976). Doctor en Historia Contemporánea y profesor en la Universitat de Girona, donde también dirige la cátedra Walter Benjamin, Memoria y Exilio. Ha sido investigador visitante en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y la Universidad de Buenos Aires y profesor visitante en la Università di Bologna. Ha publicado más de treinta artículos y capítulos de libros sobre la política y la cultura catalana, española y europea durante el siglo xx. Ha dedicado una parte relevante de sus publicaciones a la Primera Guerra Mundial y a la figura de Eugenio d'Ors en el marco de la cultura catalana y europea. Entre sus últimos trabajos destacan la edición de los monográficos *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa* (Ayer, 91, 2013) y *Los intelectuales españoles frente a la Gran Guerra: Horizontes nacionales y europeos* (Historia y Política, 33, 2015, editado con Ángel Duarte) y los libros *El campo de Fuerzas europeo en Cataluña. Eugenio d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra* (2009) y *España en la Gran Guerra. Una Movilización cultural* (2014).

Miguel Morey Farré (Barcelona, 1950). Catedrático emérito de Filosofía de la Universitat de Barcelona. Traductor de Michel Foucault, Giorgio Colli, Gilles Deleuze, Pascal Quignard, entre otros. Sus principales publicaciones son: *Camino de San-*

FROM THE FIRST WORLD WAR TO THE PRESENT: HISTORY AND MEMORY, A CENTURY FOR REFLECTION

Abstract

Taking the First World War and the commemoration of its centenary as a starting point, this article/questionnaire offers a reflection on the past in the broadest sense, on the uses of history and memory, or memories, and their use by the most diverse groups; from their appropriation by power —or powers— in an attempt to offer an official history that legitimizes it in the public eye and perpetuates it, to their utilization by those who do not support the powers that be and develop narratives of resistance and reparation. The article also reflects on the uses of history and memory as a cultural or consumer product, the consequence of a commemorative obsession in Western societies, and the perhaps inevitable conversion of many of the sites of memory into tourist attractions.

Key words

History; Memory; First World War; Commemorations; Memory tourism.

Authors

Maximiliano Fuentes Codera (b. Buenos Aires, 1976). A doctor in Contemporary History and a professor at the Universitat de Girona, where he also directs the program on Walter Benjamin, Memory and Exile. He has been a visiting researcher at the École des Hautes Études en Sciences Sociales and at Universidad de Buenos Aires, and a visiting professor at the Università di Bologna. He has published more than thirty articles and book chapters on Catalan, Spanish and European politics and culture in the twentieth century. He has devoted a significant part of his publications to the First World War and the figure of Eugenio d'Ors in the context of Catalan and European culture. His recent works include the publication of the monographs *Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa* (Ayer, 91, 2013) and *Los intelectuales españoles frente a la Gran Guerra: Horizontes nacionales y europeos* (Historia y Política, 33, 2015, edited with Ángel Duarte) and the books *El campo de Fuerzas europeo en Cataluña. Eugenio d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra* (2009) and *España en la Gran Guerra. Una Movilización cultural* (2014).

Miguel Morey Farré (b. Barcelona, 1950). Professor emeritus of Philosophy at the Universitat de Barcelona. He has translated the works of Michel Foucault, Giorgio Colli, Gilles Deleuze, and Pascal Quignard, among others. His main publications are:

tiago (1987), *El orden de los acontecimientos* (1988), Nietzsche, una biografía (1993); *Deseo de ser piel roja* (xxii premio Anagrama de Ensayo, 1994); *Pequeñas doctrinas de la soledad* (2007); *Monólogos de la bella durmiente. Sobre María Zambrano* (2010); *Hotel Finisterre* (2011); *Lectura de Foucault* (2014); *Escritos sobre Foucault* (2014).

Jordi Font Agulló (Sant Miquel de Fluvià, 1964). Historiador, gestor cultural y comisario de exposiciones. Desde febrero de 2008 dirige el Museu Memorial de l'Exili (La Jonquera-España). En los últimos años ha centrado su atención profesional en el ámbito de la historia sociocultural y las relaciones entre historia y memoria. Asimismo, el arte actual es también uno de sus principales intereses profesionales. Es miembro del GREF-CEFID (Grup de Recerca sobre l'Època Franquista i Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica) de la Universitat Autònoma de Barcelona, del grupo de investigación Història, Memòria i Identitats de la Universitat de Girona (Institut de Recerca Històrica) e investigador en el proyecto *Memoria y sociedad. Las políticas de reparación y memoria y los procesos sociales en la construcción de la memoria pública contemporánea en España: conflicto, representación y gestión* (Universitat de Barcelona, 2011-2014). También forma parte del ACCA (Associació Catalana de Crítics d'Art).

Javier Cercas Mena (Ibáñez, 1962). Escritor. En su famosa novela *Soldados de Salamina* (2001), aborda a través de la ficción narrativa un episodio real de la Guerra Civil Española (un fusilamiento colectivo al cual sobrevivió el escritor falangista Rafael Sánchez Mazas) vindicando los héroes anónimos, que ni tan siquiera tienen una nota a pie de página en la historia. En su libro más reciente, *El impostor* (2014), parte del caso de Enric Marco (que falseó su biografía haciendo creer junto a otras invenciones que estuvo internado en un campo de concentración nazi) para reflexionar sobre cómo se construye el pasado. Cercas pone en cuestión el concepto de memoria histórica considerando que la memoria es individual, parcial y subjetiva mientras que la historia es colectiva y aspira a ser total y objetiva. Entre otros libros, que suelen combinar la investigación con procedimientos narrativos y reflexiones metaliterarias, también ha publicado *Anatomía de un instante* (2009), sobre el 23-F.

Camino de Santiago (1987), *El orden de los acontecimientos* (1988), Nietzsche, una biografía (1993); *Deseo de ser piel roja* (winner of the 12th Anagrama Essay Prize, 1994); *Pequeñas doctrinas de la soledad* (2007); *Monólogos de la bella durmiente. Sobre María Zambrano* (2010); *Hotel Finisterre* (2011); *Lectura de Foucault* (2014); and *Escritos sobre Foucault* (2014).

Jordi Font Agulló (b. Sant Miquel de Fluvià, 1964). Historian, cultural administrator and curator. He has been the director at the Museu Memorial de l'Exili (La Jonquera, Spain) since February 2008. In recent years his research work has focused on the field of cultural history and the relationship between history and memory. Contemporary art is also one of his main professional interests. He is a member of the research group GREF-CEFID (Grup de Recerca sobre l'Època Franquista i Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica) at the Universitat Autònoma de Barcelona, the research group Història, Memòria i Identitats de la Universitat de Girona (Institut de Recerca Històrica), and researcher for the project *Memoria y sociedad. Las políticas de reparación y memoria y los procesos sociales en la construcción de la memoria pública contemporánea en España: conflicto, representación y gestión* (Universitat de Barcelona, 2011-2014). He is also a member of the ACCA (Associació Catalana de Crítics d'Art).

Javier Cercas Mena (b. Ibáñez, 1962). Writer. In his famous novel *Soldados de Salamina* (2001), he offers a fictional treatment of a real episode of the Spanish Civil War (a mass execution by firing squad which the Falangist writer Rafael Sánchez Mazas survived) vindicating the unsung heroes who do not even receive a footnote on this page in history. His latest book, *El impostor* (2014), takes up the case of Enric Marco (who falsified his biography claiming, along with other fabrications, that he had been interned in a Nazi concentration camp) to reflect on how the past is constructed. Cercas calls into question the concept of historical memory, arguing that memory is individual, partial and subjective, while history is collective and aspires to be complete and objective. His other books, which usually combine research with narrative techniques and metaliterary reflections, include *Anatomía de un instante* (2009), about the attempted coup d'état in Spain on 23 February, 1981.

Xavier Antich Valero (La Seu d'Urgell, 1962). Doctor en Filosofía por la UB y profesor titular de Estética y Teoría del Arte de la Universitat de Girona. Es el investigador principal de un proyecto de investigación de R+D+i del Programa de Excelencia del Ministerio de Economía y Competitividad (con el grupo de investigación Teories de l'Art Contemporani de la UdG). Ha sido *Visiting Chair* en la Universidad de Stanford (Palo Alto, California, EEUU) y en The Lisbon Consortium (Universidade Catolica Portuguesa, Lisboa, Portugal). Ha sido el director del Programa d'Estudis Independents del MACBA y del Máster en Comunicació i crítica d'art de la UdG. Ha publicado diversos libros y más de un centenar de artículos en revistas especializadas sobre filosofía, estética, arte, fotografía y música, especialmente contemporáneos. En sus artículos también hay abundantes reflexiones sobre el universo concentracionario del nazismo y sobre el arte después de Auschwitz. Recibió el Premi Octubre d'Assaig Joan Fuster por el ensayo *El rostre de l'altre. Passeig filosòfic per l'obra d'Emmanuel Lévinas*. Colabora regularmente en los periódicos *La Vanguardia* y *Ara*; es subdirector del programa *Amb filosofia* (TV3. Televisió de Catalunya).

Carmen Castillo Echeverría (Santiago de Chile, 1945). Licenciada en Historia, es una escritora y documentalista cinematográfica. Militante del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario), permaneció en Chile resistiendo a la dictadura después del golpe de estado de Pinochet. El 5 de octubre de 1974, la policía secreta (DINA) asaltó la casa donde vivía clandestinamente junto a Miguel Enríquez, máximo líder del MIR. Él fue asesinado y ella sobrevivió al asalto en unas circunstancias que, treinta años más tarde, reconstruyó en *Calle Santa Fe* (2007), un documental en que la memoria personal se liga a la colectiva, sobre todo con el propósito de restituir la historia del MIR, movimiento masacrado por la dictadura. Otro documental fundamental de Carmen Castillo es *La Flaca Alejandra* (1994), que debe su título al sobrenombre de Marcia Alejandra Merino, una militante del MIR que, bajo tortura, delató a sus compañeros y se convirtió en colaboradora de la DINA. Es un documental ejemplar que, para que explique el funcionamiento de la máquina de matar de la dictadura, recoge el testimonio de alguien que pasó al *otro lado*. Lo hace sin caer en la tentación de juzgar a la *traidora* o vengarse de ella.

Xavier Antich Valero (b. La Seu d'Urgell, 1962). Doctor of Philosophy at the Universitat de Barcelona and Professor of Aesthetics and Art Theory at the Universitat de Girona. He is the principal investigator of a R+D+i research project for the Spanish Ministry of Economy and Competitiveness Excellence Program (with the research group Teories de l'Art Contemporani de la UdG). He has been Visiting Chair at Stanford University (Palo Alto, California, US) and The Lisbon Consortium (Universidade Catolica Portuguesa, Lisbon, Portugal). He has also been the director of the Programa d'Estudis Independents at the Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA) and of the Master's program in Communications and Art Criticism at Universitat de Girona. He has published several books and more than 100 journal articles on philosophy, aesthetics, art, photography and music (especially contemporary). His articles also abound with reflections on the universe of the Nazi concentration camp and on art after Auschwitz. He received the Premi Octubre d'Assaig Joan Fuster prize for his essay *El rostre de l'altre. Passeig filosòfic per l'obra d'Emmanuel Lévinas*. He is a regular contributor to the newspapers *La Vanguardia* and *Ara*, and is assistant director of the philosophy program *Amb filosofia* (TV3. Televisió de Catalunya).

Carmen Castillo Echeverría (b. Santiago de Chile, 1945). A writer and film documentary maker with a degree in History, she is a member of Chile's Revolutionary Left Movement (MIR), and remained in Chile resisting the dictatorship after the Pinochet coup. On October 5, 1974, the Chilean secret police (DINA) raided the house where she lived secretly with Miguel Enríquez, leader of the MIR. He was assassinated and she survived the raid in circumstances which, thirty years later, she reconstructed in *Calle Santa Fe* (2007), a documentary in which personal memory is linked to the collective, specifically for the purpose of recovering the history of the MIR movement massacred under the dictatorship. Another of her landmark documentaries is *La Flaca Alejandra* (1994), which owes its title to the nickname of Marcia Alejandra Merino, another MIR member who, under torture, betrayed her comrades and became a DINA collaborator. This exemplary documentary explains the modus operandi of the dictatorship's killing machine through the testimony of someone who crossed over to the other side, without ever falling into the temptation to judge or punish the traitor.

Mireia Llorens Ruiz (Girona, 1970). Licenciada en Filología Catalana (Universitat de Girona), Doctora en Humanidades (Universitat Pompeu Fabra) y gestora cultural. Trabaja en el ámbito de la administración local como Técnica de Administración Especial y jefa de servicio del Área de Servicios a las Personas del Ayuntamiento de Banyoles. Ha estudiado con profundidad la literatura bélica británica durante la Primera Guerra Mundial. En especial T.E. Lawrence (frente oriental) y Siegfried Sassoon (frente occidental), sobre los cuales ha publicado dos libros: *Autobiografía y ficción épica. Lectura de T.E. Lawrence* (2004) y una versión abreviada de su tesis doctoral con el título *Siegfried Sassoon. L'experiència de la Gran Guerra i la seva transformació literària* (2011).

Referencia de este artículo

GIRONA, Ramón, MERINO, Inma (2016). De la Primera Guerra Mundial al presente: historia y memoria, un siglo para la reflexión. *L'Atalante. Revista de estudios cinematográficos*, 21, 133-164.

Mireia Ruiz Llorens (b. Girona, 1970). A cultural administrator with a degree in Catalan Philology (Universitat de Girona) and a doctorate in Humanities (Universitat Pompeu Fabra). She works in the field of local administration as a Special Management Technician, and is the service manager of the City of Banyoles' Department of Services to the Public. She has studied British war literature of the First World War extensively, especially T. E. Lawrence (Eastern Front) and Siegfried Sassoon (Western Front), on which she has published two books: *Autobiografía y ficción épica. Lectura de T.E. Lawrence* (2004) and an abridged version of her doctoral thesis under the title *Siegfried Sassoon. L'experiència de la Gran Guerra i la seva transformació literària* (2011).

Article reference

GIRONA, Ramón, MERINO, Inma (2016). From the First World War to the present: History and Memory, a Century for Reflection. *L'Atalante. Revista de estudios cinematográficos*, 21, 133-164.

Edita / Published by



EL
CAMAROTE
DE PERE
JULES

Licencia / License



ISSN 1885-3730 (print) / 2340-6992 (digital) DL V-5340-2003 WEB www.revistaatalante.com MAIL info@revistaatalante.com

SECUENCIAS

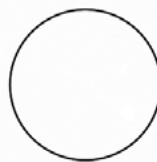
Revista de Historia del Cine

Compra y suscripciones

Calle del Gobernador, 18

28014 Madrid

secuencias@maiaediciones.es



DESEO SUSCRIBIRME A **SECUENCIAS**. Revista de Historia del Cine A PARTIR DEL NÚMERO . . .

Nombre

Apellidos

Dirección postal

SUSCRIPCIÓN ANUAL (DOS NÚMEROS)

1 año	España	Europa	Otros países
Individual	17 euros	27 euros	32 euros
Institucional	23 euros	40 euros	45 euros

SUSCRIPCIÓN BIENAL (CUATRO NÚMEROS)

2 años	España	Europa	Otros países
Individual	30 euros	54 euros	63 euros
Institucional	45 euros	80 euros	90 euros

FORMA DE PAGO

☐ Talón nominativo a favor de *ABADA Editores SL. Revista Secuencias*

☐ Transferencia bancaria a la cuenta nº 0128 0220 36 0100007225

☐ Domiciliación bancaria. Titular de la cuenta

Señores: les agradeceré que con cargo a mi cuenta atiendan, hasta nueva orden, los recibos que *ABADA Editores. Revista Secuencias* les presente para el pago de mi suscripción a **SECUENCIAS**.

Fecha

Firma